

Impulsaste las artes y la ciencia,
 A tu grandiosa, vasta inteligencia
 Hoy México le debe ser feliz.
 En esta noche para mi bendita
 Un instante nomas baja del cielo,
 Y verás de tus hijos el anhelo
 Con que admiran tu intrépido valor.
 ¡Queretanos! las sienes del caudillo
 Coronad con guirnaldas de amaranto,
 Y en entusiasta y armonioso canto
 Proclamadlo por siempre el vencedor!

Querétaro, Setiembre 15 de 1857.—Antonio Guillen.



16 DE SETIEMBRE DE 1857.

DISCURSO PRONUNCIADO
EN LA PLAZA PRINCIPAL DE QUERÉTARO, POR EL C. LIC.
JOSÉ MARÍA RODRIGUEZ ALTAMIRANO.

Desde este momento vuestros destinos ni dependen ya de los vireyes, ni de los gobernadores; están ya en vuestras manos.
La junta central de España á las Américas.

Conciudadanos:

CUANDO las voces de todo un pueblo saludan placenteras el nacimiento de este día; cuando el pabellon nacional orgulloso tremola en las torres y palacios; cuando resuenan en las bóvedas del templo los cánticos de regocijo con que tributa la Iglesia Santa su agradecimiento al autor de las sociedades; cuando, reunidos en cívica asamblea los mexicanos, el júbilo

VER "DISCURSO" de don
 PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,
 (págs 47 a 51)

se retrata en los semblantes: todo, todo nos anuncia un grande acontecimiento, la salud de la patria. Así es la verdad, conciudadanos; y como la gratitud escribiera en nuestro corazón la gloriosa historia de ese acontecimiento, no tenemos necesidad de seguirla paso á paso para satisfacer cumplidamente nuestros sentimientos patrióticos, uniendo nuestras voces á la voz de la nación, que canta un himno á la memoria de nuestros padres. Nunca olvidaremos, pues, aquel puñado de aventureros que arrojaron á nuestras playas la temeridad y la codicia. México resiente aún las huellas de sangre que dejara tras de sí el bárbaro conquistador, y el político distingue todavía las llagas que le causó la mano férrea del despotismo, para que se borren de nuestra memoria los hijos de la Iberia.

Premiar con los honores públicos la virtud eminente de aquellos héroes que supieron hacernos libres y que sellaron con su sangre nuestro odio á la tiranía, es un deber dulcísimo de reconocimiento que venimos á cumplir. Mas hoy que los descendientes de Carlos V. intentan retrogradarnos al siglo de Cortés, colocar sobre el sepulcro de nuestros padres el laurel de la victoria y la palma de la libertad, es un deber imperioso que la patria ecsije, obligación de justicia que venimos á satisfacer.

Cuando Cristóbal Colon fijó sus ojos en el occidente y señalaba un derrotero para el nuevo mundo, estinguía también con su descubrimiento científico la ecsistencia moral de un grande pueblo, del pueblo de Moctezuma. Pero ese bajel atrevido en que navegan los hijos del sol, siguiendo en sus vandálicos proyectos, la línea que trazara el genovés, no trae solamente los grillos y las esposas con que ha de comprar el oro de los aztecas, sino el gérmen de la libertad, que se oculta, porque no lo conoce, al capital español, y cuyo gérmen sagrado producirá después de algunos siglos á los Hidalgo y Allendes, y con ellos las glorias inmortales de la patria. Sí, conciudadanos, el despotismo engendra la reacción, grande y fecunda en virtudes como grande y fecundo lo es él en todo género de crímenes: por eso nos vino con la esclavitud el principio generador de la libertad y de la gloria.

Apénas arrojara su corrompido aliento la tiranía sobre las vírgenes llanuras del Anáhuac, cuando las pasiones mas degradantes le disponían el trono mexicano. La venganza y la perfidia por parte de los tlascaltecas, y la codicia y decepción por parte de los españoles, los impelen á estrecharse la mano, mintiéndose amistad. ¡Horrible y maldecido y detestable efecto de las discordias civiles! ¡La víctima en brazos de su verdugo. . . ! ¡Sacrificio de Spertias y de Bulis, qué sacrificio tan diverso eres! tú procuras la salud de Esparta, y el otro remachaba para México las cadenas de la esclavitud

La defección de Tlascala convierte la cuadrilla de conquistadores en ejército numeroso, y Cortés, que, en su política desesperada, acordándose de Diomedes, manda barrenar sus naves, se acerca con doscientos mil hombres á la capital del imperio. La flecha y el cañon, el patricio y el extraño derraman á torrentes la sangre de los aztecas. . . . Pero apartémos nuestra vista del sitio bárbaro y terrible que sufriera la ciudad, de ese panteon inmenso que puede fortificarse con cadáveres, y en que parecen cadáveres los héroes que lo defienden, si no queremos que el dolor anude nuestra garganta, ó lanzar hasta el averno palabras de maldición contra la negra hipocresía, que llevó por todas partes la desolación y la muerte en nombre del que da la vida, y trilló con una asquerosa planta los derechos mas sagrados en nombre de la ley eterna. Así quedó sepultado entre las ruinas de México el poder de los aztecas, de ese pueblo valiente que nunca doblegó la cerviz en medio de su infortunio, y á quien la dignidad de César con que echó su último aliento, le atrajera vencidos los homenajes del vencedor.

Mas ¿la industria de ese pueblo no será sustituida con otra industria mayor? ¿Sus fértiles terrenos no pagarán tributo con toda clase de producciones á la inteligencia emprendedora? ¿Sus sesenta mil casas no serán reedificadas y embellecidas con todo género de artes? ¿Una política y una legislación ilustradas no serán las que reemplacen la imperfección de las suyas? ¿Una civilización á otra civilización, la reforma y el progreso? ¿No son estos, por ventura, los bienes que trae consigo ese hombre que canta sobre las ruinas y ceniza de la ciudad imperial? La respuesta está en su nombre, se llama conquistador.

Si fueran, pues, compatibles con título tan infame las virtudes de Aristides y de Sócrates, como es inútil buscar la cabeza de Solon en el soldado del Medellín, no hay esperanza tampoco de que México prospere. En efecto, compatriotas, aunque separándose la España de la ley inflexible de conquista, hubiera trasmitido de sus colonias todo lo que poseía, México sin embargo no hubiera sido feliz; porque ella misma no lo era, como tampoco lo es hoy después de trescientos años. ¿Cuál sería entonces la suerte de la patria despóticamente regida por los fueros de la usurpación? El contrato social de los conquistadores con los pueblos que domina su filantropía, ecsije de los vencidos por único tributo su dinero, su vida y sus hijos; pero en cambio les vuelven ellos el insulto la esclavitud y la muerte, garantías imprescriptibles de todo pueblo subyugado por otro. Para zanjar los cimientos de política tan bella, dirigen todos sus esfuerzos á destruir las costumbres nacionales, hasta la palabra y el pensamiento que puedan conservar en la memoria las dulzuras de la libertad. Atacar esas costumbres por venera-

VER "DISCURSO" de DON
PRÓSPERO MARIA ALARCÓN,
(págs 47 a 51)

cion á la ley, y quebrantar la ley por respeto á las costumbres, es el juego sacrilego de palabras que los llevan á su fin, consumándose la tiranía. Así pues el filósofo no se admira de que México conquistada no sea la México de Moctezuma. Él no ve como fabulosas las artes y agricultura, la oratoria y la poesía, los guerreros y legisladores de los antiguos aztecas, ni explica con la falsedad histórica los adelantos prodigiosos de Texcuco, Atenas de la Anáhuac, que fué llamada con justicia la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Él observa sin dificultad, que bajo la estúpida tiranía no es posible que se escuche el ruido de los talleres, signo seguro de prosperidad y dicha, ni la voz consoladora de la ciencia, faro luminoso de los pueblos, ni los acentos de la poesía, que adormece con sus perfumes las penas del corazon; y que la espada conquistadora lo ha segado todo, llevando su esterminio hasta el santuario de la inteligencia. ¡Tales son los efectos de la execrable tiranía! ¡Y esta fué, conciudadanos, la organizacion política de la colonial!

¡Dichoso, mil veces dichoso, ese pueblo de Catones que sucumbió por la patria bajo las ruinas de México! Héroe ilustres, que habrian honrado el suelo de Milciades y de Aristides, de los Temístocles y Cimones; murieron, sí, pero murieron para el despotismo, porque la gloria eternizó sus nombres en los fastos de la libertad. Mas esa raza infortunada, que lleva por vestido la vileza, y la coyunda y la cadena por arreos; esa raza que se alimenta con el pan de la amargura y que dobla la rodilla para escuchar al tirano, vive; ¡pero su nombre ha muerto, inscrito por la crueldad y la codicia en una factura infame, en la historia de la esclavitud! ¡Existencia aborrecible y miserable de los que no bajaron á la fosa con la libertad nacional! ¡Existencia de tres siglos que arrastraron para su tormento!

No es el odio á nuestros padrastrós ni el espíritu de patriotismo los que arrancan de mi boca estas palabras; es la historia de tres siglos que destronó el corazon; es la vista de esas manchas, vestigios de la colonia; es el testimonio de los hombres, que viven con nosotros y que presenciaron las agnias del despotismo moribundo. Oigámos si no, compatriotas, la voz imparcial de un extranjero.

„Fertilísimos países los dejaban sin cultivo, y se aglomeraba la poblacion en los mas pobres de donde se sacaba el oro y la plata, sepultando allí, hasta hacerlos morir blasfemando, á aquellos indígenas que habrian vivido felices labrando el terreno, y haciéndole producir lo bastante para contentar la codicia mas desenfrenada.... Los virreyes acumulaban enormes sumas con la arbitraria distribucion de los azogues, monopolio régio, con encargarse de obtener en Madrid títulos, privilegios, actos de jus-

ticia ó injusticia, con dar licencia para violar las leyes prohibitivas y con vender los empleos á las personas que los solicitaban, aun sin sueldos, por la seguridad que tenían de ganar robando.... En las colonias españolas los esclavos no tenían la superioridad del número, y los indios yacian sometidos á un odioso reglamento y á una tutela perenne. El color, estableciendo una indeleble aristocracia, daba preeminencia á los blancos sin ofrecer ningun medio de elevarse á los mestizos. Los criollos ocupaban el primer lugar entre los indígenas; pero la España los separaba recelosamente de los empleos, y admitia á muy pocos en sus universidades. Cuatro quintas partes no sabian leer; y un arzobispo declaró, que para que continúasen sometidos, convenia que no supiesen mas que el catecismo. Así se explica el sabio historiador Cesar Cantú. Pero qué mas: ¿no es la confesion del tirano la que justifica mis asertos? „Ya soís libres cese el yugo insostenible, por lo remoto del poder, que os hacia víctimas de la arbitrariedad, de la avaricia y de la ignorancia.” ¡Palabras concisas, pero que revelan con esactitud todo el infortunio y la agonía de nuestros padres!

¿Y así venis predicando, enemigos de la república, de la libertad y de la independencia, que México fué feliz, porque vivió tranquila y segura bajo el régimen español? ¿Así violáis con imprudencia la fe sagrada de la historia para romper en seguida nuestros timbres mas hermosos? Vivió tranquila, sí, como el esclavo pasa los dias bajo el chasquido del látigo y el peso de la cadena, sin moverse ni quejarse; vivió segura, sí, como la víctima en el calabozo, donde solo puede herirla la mano de su verdugo. Hé aquí la felicidad del oprimido, lo que debe México á la España: haber llevado por trescientos años un sello de ignominia y un puñal en el corazon.

Eterna parecia conciudadanos, la triste suerte de la patria: la cruel política de la metrópoli, cuya negrura y fealdad rápidamente hemos visto habia logrado envilecer á nuestros padres, llevando su opresion al pensamiento, que cubierto de tinieblas, no pudo ya comprender cuál es el título de hombre, estéril era su llanto que las heridas le hacian verter, y sus gemidos, inútiles, se perdian por el espacio. La esperanza, último consuelo de los que padecen, no mitigaba su dolor, y este consuelo era imposible sin el sentimiento de la libertad. Hidalgo no habia nacido.

Así pasan los años y los siglos sobre la cabeza del mexicano, y ese sol bellissimo de la patria nunca dejó de alumbrar el llanto de nuestros padres. Pero llegaron los tiempos en que una revolucion gloriosa por sus doctrinas humanitarias, aunque preñada de crímenes por las resistencias del despotismo y el encono de las pasiones, inculó en todas partes el principio democrático, anatema sempiterno de los reyes, y amenazó con la omnipotencia del pueblo á las decrepitas monarquías. Esa revolucion que conmovió los tronos y regeneró á los hombres, fué la revolucion francesa.

VER "DISCURSO" de DON
PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,
(págs 47 a 51)